

Diplomacia y propaganda franquista y republicana en América Latina durante la guerra civil española

Rosa Pardo Sanz

PARA LAS NACIONES LATINOAMERICANAS, la guerra civil española no tuvo las implicaciones estratégicas y de seguridad que para los estados de Europa Occidental. Tampoco la dialéctica fascismo/antifascismo era aún, en 1936, un asunto tan central a este lado del Atlántico. El conflicto español se interpretó, por una parte, bajo el prisma de los problemas domésticos propios, a veces muy próximos a los españoles (reforma agraria, papel del ejército y de la iglesia, democratización) y, por otra parte, influyó la coyuntura internacional de América Latina. El debate no fue uniforme en los distintos países porque, como ya señalara M. Falcoff, estaba matizado por factores que variaban según el país: relevancia de la colonia española, poder del clero y del ejército, experiencia histórica vivida con la metrópoli española, fuerza de las instituciones liberales, culturas políticas, etc¹. En todo caso, la guerra provocó una inusual movilización de la opinión americana.

En julio de 1936, las afinidades ideológicas gubernamentales eran mayoritariamente favorables al bando nacionalista. Las excepciones fueron el México de Lázaro Cárdenas, el gobierno liberal de Colombia presidido por López Pumarejo y el efímero gobierno ecuatoriano de Federico Páez. Hay que recordar que América Latina vivía el profundo impacto socio-económico de la crisis de 1929, que se superpuso a los cambios sociales de las décadas anteriores: procesos de urbanización, de movilización en demanda de participación política y reformas sociales, que rompieron los estrechos moldes impuestos por los regímenes liberales bajo control oligarquías tradicionales. En la década de los treinta se asistía a una reacción autoritaria en el intento contener ese proceso, movida por los fantasmas de las revoluciones soviética y, en Centroamérica, de la mexicana y del movimiento de Sandino en Nicaragua. Entre 1930 y 1936 hubo más

de una docena de golpes de estado en América Latina, de manera que, al estallar la guerra civil española, el poder de 15 de las 20 repúblicas estaba ocupado por militares y trece eran dictaduras: Haití (S. Vicent), Cuba (Batista), Dominicana (Trujillo), Nicaragua (Somoza), Guatemala (Ubico), Salvador (Hernández), Honduras (Carías), Ecuador (Páez), Perú (Benavides), Uruguay (Terra), Paraguay (Rafael Franco) y Bolivia (Toro y Busch). Además el Presidente de Venezuela había sido nombrado por el parlamento del dictador Gómez y otras cuatro naciones estaban dirigidas por civiles representantes de la oligarquía tradicional, conservadores y profundamente anticomunistas: Panamá con Arosemena, Costa Rica con León Cortés, el Chile de Arturo Alessandri o la Argentina del general Justo y la Concordancia. Por último, Getulio Vargas en Brasil, influido por el fascismo, proclamó el Estado Novo en 1937.

Así pues, había muchos elementos de identificación ideológica entre los sublevados españoles y los dictadores o líderes conservadores americanos. El golpe de estado de Franco, que se presentaba como una reacción contra los excesos de la democratización y una garantía para el orden social y el catolicismo, fue visto por muchos dirigentes como una reivindicación de su propio autoritarismo y la evolución republicana, como una advertencia de los riesgos de la democracia para las oligarquías tradicionales. Los más convencidos antiliberales (algunos simpatizantes del fascismo, pero sobre todo de la nueva derecha autoritaria europea) descubrieron una fórmula que aunaba modernización, control social y valores tradicionales. Incluso sectores reformistas del ejército pudieron hallar un modelo para desplazar a las oligarquías. También los integristas católicos asumieron el ideal de *Cruzada* esgrimido por los nacionalistas². En general, la iglesia católica latinoamericana

se decantó por la causa nacionalista; sólo sectores más progresistas en Argentina, Chile (Falange Chilena) y Costa Rica fueron excepción. No obstante, la capacidad de influencia y movilización social de la Iglesia varió de un país a otro, dependiendo de factores históricos y políticos.

Por el contrario, para la opinión pública próxima a partidos y sindicatos demócratas, socialistas, comunistas, anarquistas y variados grupos antifascistas latinoamericanos, el *Alzamiento* de Franco fue percibido como un caso más del militarismo, la represión y el control oligárquico que sufrían sus propios países: contribuir a su derrota constituyó un acicate para su lucha en los frentes nacionales. Estos grupos, casi siempre en la oposición, emplearon la solidaridad con la República española como instrumento de protesta contra sus gobiernos. Los mítines y actos a favor de la República española pasaron, en ocasiones, a formar parte de la historia interna de los países americanos. El grado de movilización dependió del mayor o menor porcentaje de “clase media urbana y grupos obreros sindicados, con conciencia política o más o menos alfabetizados”³.

Hubo, sin embargo, gobiernos que apostaron por la República (Cuba, Brasil, Panamá –reforma del tratado del Canal- y México) para sostener proyectos políticos propios. Por ejemplo, desde 1937 Batista utilizó la defensa de la República española como campo de acción privilegiado para su nueva política de acercamiento a los comunistas; a Vargas le sirvió cuando buscaba el desmarque del integralismo. Para ambos regímenes la condena a los facciosos españoles proporcionaba una pátina de democratismo o, al menos, de antifascismo, que facilitaba su relación con EEUU. En resumen, al natural fenómeno de “empatía” ideológica que presidió las reacciones oficiales ante guerra, se superpuso la preeminencia del conflicto político interno de cada país⁴.

Con respecto a las posiciones jurídicas internacionales de los distintos gobiernos, el componente decisivo fue la política europea y sobre todo de EEUU. En 1936 la política de Buena Vecindad de Roosevelt iba siendo aceptada por el resto del continente, cuya dependencia económica y política respecto a EEUU se acrecentaba al mismo ritmo, y supuso un creciente peso de la diplomacia norteamericana sobre el resto de las cancillerías. Washington optó por una neutralidad en la línea europea de la no-intervención, que coincidía con la filosofía básica de la Good Neighbour: no intervenir en asuntos internos o externos de otro país, aprobada en Montevideo en 1933. De esta forma, ni se otorgaron títulos jurídicos a los insurgentes (estatuto de beligerante o reconocimiento), ni el gobierno republicano pudo sacar partido de su status legal. Esta política de “prescindencia”, que beneficiaba a los militares sublevados, fue adoptada por todos los gobiernos excepto por México,

más Guatemala, Nicaragua y El Salvador que reconocieron a Franco en noviembre de 1936⁵.

OBJETIVOS, ACCIÓN POLÍTICA Y PROPAGANDA DE LOS DOS BANDOS EN LID

En América ambos contendientes procuraron contrarrestar la actividad diplomática y propagandística del otro bando actuando sobre los gobiernos, la opinión pública local y las colonias españolas⁶. Para ninguna de las partes Latinoamericana era un área donde se dirimía abastecimiento militar ni apoyo diplomático básico; aunque, dado el abandono a la República de las democracias occidentales con la política de no intervención, el respaldo diplomático mexicano tuvo una relevancia para este bando, sin parangón en la relación de ningún país americano con los franquistas. Por distintas razones las actividades de ambos contendientes tuvieron que desarrollarse con prudencia. Los republicanos corrían el riesgo de verse salpicados por las restricciones a las libertades políticas (clausura de centros, incautación de material, etc.) que afectaban, sobre todo a la propaganda comunista. Los agentes franquistas, por su carácter oficioso, tenían que evitar desautorizaciones o expulsiones y se vieron perjudicados por las leyes contra actividades de grupos opuestos a gobiernos extranjeros y por la inicial legislación antifascista que se aprobó en Brasil, Guatemala y otros países.

En el caso franquista, lograr el reconocimiento diplomático (“de facto” o “de iure”) se convirtió en prioridad. Necesitaban el status jurídico de estado para la aceptación internacional y el funcionamiento normal del comercio, la burocracia consular y la protección de intereses de la colonia española. Así buscaron, primero, la benevolencia de las autoridades para con la actividad de sus representantes oficiosos; luego el reconocimiento de facto (con intercambio de agentes comerciales), pero desde junio de 1938 (dado el positivo curso de la guerra), la consigna fue aceptar sólo reconocimiento de iure. En el caso republicano, el objetivo inicial fue influir para variar la posición formalmente neutralista de la mayoría de los gobiernos. Pero la dificultad para actuar sobre los medios oficiales obligó a concentrarse en el logro de ayuda material y en la propaganda, para mejorar la imagen de la República e intentar influir indirectamente sobre los ejecutivos latinoamericanos. Sólo muy avanzada la guerra, a mediados de 1938, volvieron a cobrar relevancia las gestiones diplomáticas con los países americanos para temas de mediación y aceptación de refugiados.

Si los franquistas tuvieron que afrontar su falta de legitimidad “de origen”, la República hubo de encarar el daño que a su imagen causó la acción descontrolada de las milicias en los primeros meses. Una imagen revolucionaria que se complicó

por el asesinato de ciudadanos hispanoamericanos: seis argentinos, tres religiosas uruguayas y diez colombianos. También resultó una complicación el Derecho de asilo practicado por casi todas las embajadas y legaciones americanas. Se aplicó una tradición legal continental que el gobierno español no había suscrito en ningún tratado (lo entendía como postura humanitaria de facto) y, por tanto, se negó reconocer. Sólo acabó por aceptarlo para evitar la ruptura con algunos países. Pero el asunto tuvo consecuencias muy negativas porque dio pie al rompimiento de relaciones con Perú, al ser allanado (mayo 1937) su consulado y, sobre todo, explica la falta de apoyo hispanoamericano en septiembre de 1937 para la reelección de España en el Consejo de la SDN. La República llegó a manipular las negociaciones de evacuación de asilados con fines diplomáticos: retrasar los reconocimientos al gobierno de Burgos y conseguir alguna facilidad para sus diplomáticos⁷.

Por distintos motivos, ambos bandos tuvieron problemas de personal diplomático y financiación, así como dificultades para poner en marcha un aparato de propaganda eficiente. En el caso de los sublevados, había que fundar un Nuevo Estado y en el caso republicano reconstruirlo tras su quiebra en los primeros momentos de la guerra. Además la heterogeneidad y la lucha de poder entre las distintas fuerzas políticas que componían los dos bandos repercutió en las burocracias diplomática y propagandística e impidió establecer modelos cultural/propagandístico únicos. A ello se sumaron los tradicionales problemas de comunicación y desinformación con América, agravados por la guerra.

En cambio los instrumentos y estrategias (para conseguir ayuda, propaganda y movilización) fueron divergentes. Los órdenes a los agentes nacionalistas eran utilizar influencias y amistades personales con los círculos oficiales y las personalidades del país simpatizantes para, sin comprometerlos, obtener de ellos las medidas convenientes. Desechaban métodos más directos. Había que mostrar una respetuosa disciplina a las leyes y autoridades del país, para no poner en peligro la ya compleja situación de estado no reconocido, y concentrar la propaganda para ganarse a las élites conservadoras. Respecto a la colonia, la consigna inicial era, de nuevo, “atraer a nuestra causa a los que allí han triunfado, es decir, a los de calidad y riqueza, pues los demás seguirán a éstos a medida que nuestro ejército vaya conquistando territorio”. A partir del otoño de 1937, tras la creación del partido único Falange Española Tradicionalista y de las Juntas de Ofensiva Nacional Sindicalista (FETJONS), se trató de aplicar el modelo fascista de control y movilización con la imposición de Falange Exterior como estructura de encuadramiento de las colonias. El carácter represivo y excluyente del Nuevo Estado se manifestó en la orden de

julio de 1938: “los españoles que han mostrado adhesión al bando enemigo no tienen derecho a asistencia consular (...) cuyos servicios deben quedar reservados para adictos a la Causa”.

Por el contrario, el bando republicano buscó la movilización de la opinión pública: la propaganda masiva se convirtió en su objetivo fundamental. Se trataba de atizar las simpatías de intelectuales y sectores medios y populares. En cambio no buscaron el control absoluto de la facción de la colonia con simpatías republicanas; sólo hubo intentos de coordinar a los partidarios de la República para hacer más eficaz la propaganda y la labor recaudatoria. Hay noticias de medidas de castigo contra simpatizantes franquistas, pero no está claro si fueron generales o hubiesen tenido continuidad tras la guerra.

LA ACCIÓN SOBRE LAS COLONIAS ESPAÑOLAS DE EMIGRANTES EN AMÉRICA

Los españoles de las colonias fueron a la vez actores y víctimas, en una coyuntura difícil por las leyes restrictivas de la emigración vinculadas a la crisis económica. La división de las colonias fue inmediata. Las tomas de posición dependieron, en general, de la situación socio-económica de los emigrantes (pro República la clase obrera y la pequeña burguesía de las colonias grandes), de la antigüedad de la emigración (a más antigua, más integrada y mejor posición económica, más pro Franco), de su filiación política y de su pertenencia a minorías nacionalistas y regionalistas concretas. En los países con mayor número de españoles las simpatías hacia la República fueron mayoritarias: en Argentina, Brasil, Cuba o Venezuela los representantes franquistas asumían un 70-80% de la colonia en su contra. En Uruguay, Chile y México, el porcentaje de simpatizantes de ambos contendientes fue más parejo. En las repúblicas con colonias por debajo de los 4.000 españoles sólo una minoría se decantó amiga de la República, excepto en Guatemala, Panamá y El Salvador, donde hubo más igualdad. La segmentación de la colonia tuvo su reflejo en las sociedades mutualistas, de beneficencia y asociaciones regionales y de recreo, donde los enfrentamientos alcanzaron tintes dramáticos: maniobras sucias en las elecciones de las Juntas de Gobierno, expulsiones, problemas por el uso de la bandera, choques entre juntas directivas y socios, etc. Casi siempre, los centros más antiguos y prestigiosos con presencia de la elite económica de la colonia (incluso de la elite del país) adoptaron tendencias pro-rebeldes. Las excepciones fueron empresarios y comerciantes vascos o catalanes, por razones obvias. En cambio los más nutridos centros regionales, que acogían emigración reciente, se manifestaron leales a la República, como norma⁸.

Desde el punto de vista organizativo, en el verano de 1936 surgieron diversas asociaciones (Juntas Nacionalistas, comités de ayuda a la República, etc.), a veces de forma casi espontánea, otras a partir de instituciones españolas preexistentes o por iniciativa del representante diplomático, para recoger donativos, hacer propaganda y dar cobertura a la representación oficiosa. Los franquistas activaron casi exclusivamente a sus secciones de simpatizantes de las colonias. En cambio, la ayuda a la República provocó una gran movilización popular espontánea que supo captar apoyos autóctonos, de nacionales americanos, sobre todo en países como Cuba, Argentina, Uruguay, Chile y México. Allí aparecieron comités locales y de barrios en las principales ciudades, movidos por elementos politizados (de sindicatos, partidos –socialistas, comunistas– asociaciones profesionales y culturales) que fueron secundados espontáneamente por individuos de diversa condición social y económica, muchos de los cuales habían participado poco en política hasta entonces. El dinamismo de este movimiento de solidaridad ayudó a equilibrar la actitud de los gobiernos.

Las fórmulas de recaudación de ambos bandos fueron múltiples: suscripciones mensuales, colectas, rifas, venta de sellos, donativos en especie, fiestas de propaganda en fechas emblemáticas, etc.. En general, las celebraciones franquistas fueron más restringidas y más orientadas a españoles. Hacer un balance en cifras resulta complicado porque no hay un estudio de conjunto. Sabemos que se recaudó más en Argentina, Cuba y México y que el monto, en los dos primeros países, fue favorable a la República y, en México, a los Franquistas. Acerca de los milicianos voluntarios, también varían las cifras, pero el desequilibrio fue mucho mayor. Se estima una proporción de un pro-franquista por cada diez pro-republicanos. Es difícil calcular porque muchos voluntarios por apellido, idioma u origen español pudieron enrolarse directamente en el Ejército republicano y no en las BBII o lucharon con documentos falsos o como ciudadanos peninsulares⁹.

En el bando republicano los principales conflictos surgieron en torno a la falta de control de las recaudaciones donadas. Sin intermediación de un organismo oficial, dependiendo de las simpatías políticas de la asociación recaudatoria, se realizaban envíos sólo para UGT, para la CNT, Cruz Roja, etc. Ante tal embrollo, se dio una orden en agosto de 1937 para que todo pasase por los representantes diplomáticos que debían ingresarlo en el Banco Exterior de España en París, pero no parece que se cumpliera. Hubo intentos de coordinar la ayuda en cada país y desde 1937 se crearon organismos federados y se convocaron congresos nacionales. Su fracaso dejó patente la imbricación de las tensiones políticas tanto españolas como nacionales en el tema, sobre todo por el papel del partido comunista. El ejemplo más patente

fue Argentina, donde la FOARE (comunista) y la anarquista Comisión Coordinadora invertían en propaganda y sueldos el 50% de lo recaudado y no aceptaban el control de la embajada. La tardía solución del gobierno republicano fue crear un Comité Nacional de Ayuda a España en 1938, pero apenas tuvo tiempo para funcionar.

En el bando franquista, desde enero de 1937 existió una cuenta corriente única para los donativos en efectivo. Hubo algunos casos de desorganización y fraude (Argentina), pero los principales problemas tuvieron que ver con la implantación del partido único. Desde el otoño de 1937 se dio la orden de que las filiales de los grupos políticos derechistas (monárquicos de Renovación Española y la Comunidad Tradicionalista –carlistas–católicos de la C.E.D.A –Confederación Española de Derechas Autónomas y falangistas –FE-JONS–) y el resto de organismos nacionalistas debían disolverse para implantar la nueva FET.-JONS, creada en España en abril de 1937. Era el modelo fascista (la *AuslandOrganisation* y los *Fasci all'Estero*): se trataba de que el partido único obtuviese la hegemonía en las organizaciones de los emigrantes, a fin de que las colonias –con una sólo identidad política– se erigieran en un “elemento de fuerza” que pudiese auxiliar y cooperar en la política exterior española como grupo de presión. Se fundaron filiales en los países americanos donde no existían y se reorganizó el resto con envío de inspectores políticos desde España. El objetivo a corto plazo era centralizar los esfuerzos de propaganda y recaudación y homogeneizar el entramado de agrupaciones pro franquistas. La evolución “deseable” se producía cuando las antiguas organizaciones se disolvían y se integraban sin enfrentamientos en una filial falangista, pero no fue la regla. Unas veces las agresivas proclamas populistas de los falangistas chocaba con la idiosincrasia conservadora más tradicional de una parte de la colonia. Aparte estaban las actitudes de elementos poderosos de las colonias que siempre se habían otorgado la potestad de imponer su autoridad por encima de la oficial peninsular y no estaban dispuestos a encuadrarse bajo las improvisadas e impuestas jefaturas falangistas. Otras veces, estallaban diferencias políticas o de competencias entre los diplomáticos y los jóvenes mandos del partido, pesar de que las órdenes de Burgos establecieron la supremacía del Jefe de misión diplomática como representante del Estado. La raíz del problema fue el contraste entre las formulaciones más moderadas del Ministerio de Exteriores y el programa falangista, con su discurso sobre encuadramiento político y disciplina fascista, envuelto en la mística de revalorizar, dignificar y atender a los nacionales en el extranjero, contra el abandono secular de los emigrantes por parte del Estado español, denunciado también en los programas hispanoamericanistas del Ministerio de Estado en los 20' y los 30'¹⁰.

De todas formas, durante la etapa de la guerra se impuso la prudencia. Se respetó a la legalidad y se rechazaron las medidas más coactivas propugnadas desde las falanges americanas. Para la posguerra quedó profundizar en la obra político-social de Falange: “la conquista de los centros españoles y la transposición a las colonias de todos los instrumentos de encuadramiento político” y, sobre todo, la acción social (oficinas de empleo para atender a españoles recién llegados, asesoría jurídica, atención sanitaria, un Hogar Español e instituciones de Auxilio Social, que llegaron a funcionar en algunos países). Esta vertiente populista, más la mística sobre valores étnicos y culturales de la patria, explica la afiliación que alcanzó Falange en algunos países¹¹. Respecto a colaboración con nazis y fascistas: nunca hubo un acuerdo sobre propaganda o acción conjunta en América; siempre se pensó que cualquier acción coordinada perjudicaba a España. Las milicias falangistas se prohibieron en 1938.

LA ACCIÓN PROPAGANDÍSTICA

Los dos bandos tuvieron problemas similares de falta de recursos económicos y personal experimentado. Los franquistas usaron casi únicamente financiación privada (donativos); la propaganda republicana se financió en mayor medida con presupuestos del estado y se gastó más. Aplicaron técnicas similares de propaganda (artículos, folletos, libros, hojas sueltas, boletines de noticias). La falta de medios impidió utilizar más la radio y, sobre todo, el cine. En general los republicanos contaron con mejor infraestructura al quedar Madrid y Barcelona en su zona: Telefónica, los grandes periódicos, la agencia Fabra, Unión Radio de Madrid (la emisora más importante), la única estación de onda extra corta y las productoras de cine. Además pronto se creó una agencia de noticias, Agencia España, que empezó a funcionar en diciembre de 1936 con sedes en Barcelona, París y Londres. Los nacionalistas nunca dispusieron de nada parecido. Además siempre consideraron material enemigo el ofrecido por la Associated Press y United Press norteamericanas, que monopolizaban el suministro de noticias en el continente. Tampoco contaron con una mínima infraestructura radiofónica para América hasta casi 1939. A América no llegaron más proyecciones (cine y documentales) que las republicanas y otro tanto ocurrió con carteles y exposiciones fotográficas.

El caos administrativo, sin embargo, fue común en los primeros meses. La falta de personal se suplió en principio con voluntarios (aristócratas y diplomáticos los franquistas, intelectuales, periodistas y simpatizantes extranjeros los republicanos). Ambas partes contaron con ayuda técnica exterior: de Alemania, Italia y Portugal los

nacionalistas, aunque fue mucho más relevante la aportación de la KOMINTERN al otro bando. Su Comité Mundial contra la Guerra y el Fascismo y la labor de comunistas como Otto Katz resultó fundamental. El peso decisivo de la propaganda escrita franquista fue llevado por los periódicos locales de tendencia conservadora que apoyaron la causa nacionalista. El respaldo de la Iglesia católica, sobre todo de la española implantada en América, resultó muy importante también. Como contrapeso, la República tuvo el sostén de la intelectualidad mundial, incluida la latinoamericana. La República pudo utilizar la cultura como valor añadido para su causa: Pablo Neruda, Félix Pita Rodríguez, Nicolás Guillén, Alejo Carpentier, César Vallejo, etc¹².

Los franquistas justificaron la legitimidad de su alzamiento como un caso de legítima defensa ante una inminente revolución comunista. Ellos eran un movimiento nacionalista contra el dominio marxista, en defensa del orden social y el catolicismo, los verdaderos valores y esencias españoles; frente a la “desespañolización” de rojos bolchevizados e internacionalistas. Desde la interpretación antiliberal de la historia de España acuñada por Acción Española, trataban de engarzar al Nuevo Estado con el periodo imperial de los siglos xv y xvi. Como entonces, en 1936 España se mostraba al mundo como el baluarte de los valores eternos de la civilización occidental: orden y religión. La ideología quedaba envuelta en ropajes historicistas y culturales, obviando cualquier alusión que pudiera llevar a la confusión con modelos fascistas. El mensaje en América era que apartarse de esta tradición histórica española abocaba a todos los pueblos hispánicos al caos comunista y a la desintegración nacional. Estos argumentos se adecuaban bien a los sectores sociales que se pretendía captar y movilizar: católicos y élites socio-políticas, sobre todo los grupos que durante los años veinte y treinta habían apostado por el “Hispanoamericanismo”. Intelectuales conservadores y reaccionarios que, en conjunto, consideraron tal corriente como una idea movilizadora adecuada para responder a la amenaza norteamericana y de la izquierda. A veces con matices anti-indigenistas. Sin embargo, sólo se mostró incondicional al Nuevo Estado la “nueva derecha” latinoamericana inspirada en los modelos corporatistas y fascistas europeos, con la idea de que una opción fascista católica podía dar la réplica tanto al liberalismo en crisis como al indigenismo y sus embates populistas o al anticlericalismo. En cambio, no se mostraron nada entusiastas del Franquismo los grupos conservadores de tradición liberal, que sólo aceptaban el valor anticomunista y de defensa del orden social, pero no admiraban el modelo antiliberal y autoritario del Nuevo Estado¹³.

Los republicanos trataron de contrarrestar su imagen de revolucionarios sociales y de enemigos de la religión. En cambio, no intentaron presentar la guerra como un conflicto entre la democracia y el fascismo (aunque sí lo hicieron sus partidarios americanos), porque tampoco defendían claramente el modelo político democrático, dada su composición. Por eso se concentraron en la dimensión legal del conflicto (insurrección contra un gobierno legítimo) y destacaron la intervención italo-alemana para definirlo como una guerra patriótica contra una invasión extranjera, un argumento nacionalista que presentaba a los franquistas como títeres de potencias extranjeras. Los republicanos aprovecharon los ataques a ciudades abiertas para presentar la guerra como un genocidio, una catástrofe humanitaria en la que estaban participando los fascistas (Málaga, Madrid, Guernica...) y trataron de minimizar la persecución religiosa y el creciente peso de los comunistas. Era la guerra entre el “progreso” y la vuelta al “feudalismo”: los republicanos aparecían como los representantes de una España nueva, democrática, de esperanza, constructiva, que se alejaba de la vieja España representada por Franco, ligada a las oligarquías tradicionales y, por tanto, continuadora del régimen feudal y opresor que mantuvo a España en la miseria. Respecto a los argumentos que tenían que ver América, la República se alejaba de la vieja España Imperial opresora, que estaba más cerca de Franco, identificado con la monarquía borbónica y el neoimperialismo. Así, la Guerra Civil se comparaba con la independencia americana. Por otra parte, no estar con el lado republicano, se estimaba como contradictorio con la experiencia del emigrado, porque los sublevados eran los mismos grupos que con su administración del país habían empujado a la emigración a millones de españoles.

Sobre la efectividad de la propaganda, los propios representantes nacionalistas reconocían en 1939 haber perdido la batalla de la propaganda en América. Lo explicaban por el déficit de legitimidad de su causa para muchos sectores, la escasez de medios, de planificación y una cierta relegación de la opinión pública. La propaganda efectiva sobre los “indiferentes” y los “enemigos” quedó para después de la guerra, cuando se contara con suficientes medios.

GESTIONES DIPLOMÁTICAS

En la vertiente diplomática, en cambio, la balanza benefició a los nacionalistas. Es verdad que no lograron un rápido reconocimiento diplomático, pero sí una amplia tolerancia para sus representantes oficiosos y prepararon el terreno para una inmediata normalización diplomática casi sin terminar la guerra. Los republicanos, aunque retrasaron la ruptura de relaciones de muchos gobiernos con ganas de

hacerlo, no lograron que saliera adelante ninguna de las iniciativas colectivas continentales que hubiesen acercado algún tipo de armisticio o mediación. En todo caso, la suerte de la República se jugó en el escenario europeo, donde ninguna nación americana fue invitada a participar en el decisivo Comité de No Intervención.

Las primeras iniciativas americanas fueron profranquistas. En agosto de 1936, Uruguay lanzó, sin éxito, un llamamiento para una mediación americana en la guerra. Argentina difundió un Plan para humanizar la guerra y se erigió en defensora de un derecho de asilo político sin restricciones. En diciembre de 1936 la Conferencia Panamericana en Buenos Aires no discutió en serio la posibilidad de una mediación, sólo apoyada en firme por México: apenas hubo un minuto de silencio en la sesión de clausura. En abril de 1937, México emprendió otro intento de mediación americana y en la Sociedad de Naciones hizo un llamamiento para el fin de la no-intervención, que sólo apoyó Colombia. Tras una nueva iniciativa profranquista de Uruguay fracasada en agosto de 1937 (reconocer colectivamente la beligerancia de los dos bandos), en septiembre, la inhibición latinoamericana impidió la reelección de España (la republicana) como miembro del Consejo de la SDN. Sólo México, Colombia y Ecuador apoyaron. En octubre de 1937 se repitió, sin éxito, una tentativa de buenos oficios por parte de Cuba. A principios de 1938 Uruguay y Chile habían reconocido a los agentes oficiosos de Burgos, siguiendo el ejemplo británico. Desde la primavera, Negrín intentó recabar en América un apoyo diplomático del que carecía en Europa y barajó la posibilidad de una mediación americana; sin embargo, a partir de la crisis de Checoslovaquia en septiembre, la suerte de la República estaba echada. Su última iniciativa fue tratar de aprovechar la VIII Conferencia Panamericana de Lima de diciembre de 1938. De hecho, Roosevelt, tras Munich, se planteó una mediación o ayuda a la República, pero Francia y Gran Bretaña no dieron su apoyo al plan y EEUU se abstuvo de plantearlo en la Conferencia citada, donde se acordó plena libertad para proceder al reconocimiento de Franco. En 1939, tras la caída de Cataluña, los primeros en reconocer al gobierno de Franco (entre el 17 y el 24 de febrero), fueron Perú, Uruguay, Venezuela y Bolivia. Argentina esperó al día 27, fecha del reconocimiento de Gran Bretaña y Francia. EEUU lo hizo el 1 de abril, como Brasil y Paraguay. Al día siguiente procedieron el resto de países, excepto Panamá y Cuba que lo hicieron en mayo. México no reconoció nunca al Franquismo.

En conclusión, ambos bandos tuvieron problemas de medios y organización en América Latina. Sus estrategias fueron divergentes. Los nacionalistas procuraron captar

a las elites conservadoras y a los gobiernos y controlar a los adictos de las colonias de españoles. Los republicanos buscaron la propaganda y la movilización masiva. Cada bando ganó su batalla, pero la República perdió la guerra. A partir de abril de 1939 la movilización republicana aún se sostuvo, concentrada en la acogida y ayuda de exiliados y después, cuando estalló la II Guerra Mundial, sumándose al esfuerzo aliado, que permitía mantener viva la esperanza de una restauración republicana y la derrota del estado franquista. Con respecto a los nacionalistas, Hispanoamérica quedó como un proyecto de futuro para el régimen de Franco: tanto por lo que se refiere a los planes falangistas respecto a las colonias españolas, como a la posible expansión político-cultural de España en América. Sin embargo, en el Nuevo Estado no se dieron cuenta de que la Guerra Civil había provocado serias rupturas con la región. Incidentes políticos graves enfriaron las relaciones con algunos países durante años (México, pero también Chile y Cuba). Y la consecuencia más terrible fue la quiebra que sufrió la imagen de la España de Franco ante la opinión pública latinoamericana por la eficacia de la propaganda republicana, reforzada luego por la presencia del exilio en muchos países. Este factor preparó el terreno para que prendiera la propaganda aliada contra el Eje en América Latina, que tanto perjudicó los intereses del Franquismo durante la guerra mundial y el comienzo de la posguerra¹⁴. De alguna manera, esa fue la victoria moral de la República en América. •

Notas

¹ M. Falcoff: "Preface", en M. Falcoff y F. B. Pike (Ed.): *The Spanish Civil War, 1936-1939. American Hemispheric Perspectives*. Lincoln & London, Univ. of Nebraska Press, 1982, h. xiii.

² Cif. J. Tusell y G. GARCÍA: *El catolicismo mundial y la guerra de España*. Madrid, BAC, 1993

³ Vid. M. Quijada: "Actitudes ante la guerra civil española en las sociedades receptoras" en VV.AA. (Eds.): *Historia General de la Emigración Española a Iberoamérica*, Madrid, Historia 16, 1992, Vol.2, pp.475-488; Silvina Montenegro: *La Guerra Civil española y la política argentina*. Tesis doctoral. Madrid, Univ. Complutense 2002; Pablo SAPAG: *Chile, frente de combate de la guerra civil*. Valencia, UNED, 2003; J. A. Hernández García: *La guerra civil española y Colombia. Influencia del principal conflicto de entreguerras en Colombia*. Bogotá, Univ. la Sabana, 2006; Consuelo Naranjo Orovio: *Cuba, otro escenario de lucha. La guerra civil y el exilio republicano español*. Madrid, C.S.I.C., 1988; Mónica Quijada: *Aires de República, Aires de Cruzada: la Guerra Civil española en Argentina*. Barcelona, Sendai, 1991; las contribuciones de T. T. Powell (México), A. Hennessy (Cuba), T. M. Davies (Perú), P. W. Drake (Chile) y M. Falcoff (Argentina) en el libro citado en la nota anterior.

⁴ Rosa Pardo: "España, Cuba y Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial: antifascismo en América Latina" en *Estudios Interdisciplinarios de América Latina y el Caribe*, Vol.6, nº1 (ene-jun 1995), pp. 52-56 (se puede leer en <http://www1.tau.ac.il/eial/>)

⁵ La última aportación historiográfica J. M. Thomás: *Roosevelt y Franco*. Barcelona, Edhasa, 2007, pp.21-71.

⁶ La información referente al bando nacionalista en R. Pardo: *Con Franco hacia el Imperio. La política española en América Latina 1939-1945*. Madrid, UNED, 1995, pp. 21-82 e "Hispanoamérica en la política nacionalista, 1936-9", en *Espacio, Tiempo y Forma*, Serie V, t.5, (1992), pp.211-238 (<http://e-spacio.uned.es:8080/fedora/get/bibliuned:ETFSerieV/demo:Collection/view>). Para el bando republicano: Nuria Tabanera: *Ilusiones y desencuentros: la acción diplomática republicana en Hispanoamérica (1931-1939)* Madrid, 1996.

⁷ J. Rubio: *Asilos y canjes durante la guerra civil española*. Barcelona, Planeta, 1979 y B. J. Figallo: *La Argentina ante la Guerra Civil Española. El asilo diplomático y el asilo naval*. Rosario 1996.

⁸ N. Tabanera "Las colectividades españolas" en *Historia General de la Emigración, op.cit.* pp.488-512

⁹ Andreu Castells (*Las brigadas internacionales en la guerra civil*. Barcelona, 1974) hablaba de 1008, pero la cifra parece baja, dados los recuentos aportados por los estudios locales. Por ejemplo, para Argentina da 94, pero M. Quijada cree que hubo entre 200 y 500.

¹⁰ E. González Calleja: "¿Populismo o captación de elites? Luces y sombras en la estrategia del Servicio Exterior de Falange Española en Álvarez Junco, José y González Leandri, Ricardo comp. *El populismo en España y América*. Madrid, Ed. Catriel, 1994, pp.61-90 y "El Servicio Exterior de Falange y la política exterior del franquismo: consideraciones previas para su investigación", en *Hispania*, 186 (1994), PP.279-307.

¹¹ Se conocen algunas cifras: 6.000 en Chile (4.122 a principios de 1938), 4.000 Argentina, 3.000 en Cuba en 1938, pero se habla de 23.000 a fines de 1939; 1.000-1.200 en México a mediados de 1938 (N. Tabanera da 500 frente a 50.000 de Chase). A fines de 1938 se cuentan 236 Falanges Locales en 18 países americanos (incluidos los EE.UU), pero muchas no tenían más de unas decenas de afiliados.

¹² Cif. Hugo García: *Mentiras necesarias: la batalla por la opinión británica durante la Guerra Civil*. Madrid, Biblioteca Nueva, 2008.

¹³ Por citar algunos nombres: en Perú, José Riva Agüero, Raul Porras, Guillermo Hoyos Osoreo, Guillermo Lohmann Villena, Carlos Pareja Paz Soldán, Raul Ferrero Rebagliati, Felipe Barreda, Felipe Sassone, Víctor A. Belaúnde, Alberto Wagner de Reyna; P.A. Cuadra (Nicaragua), Mario Amadeo, Juan Carlos Goyeneche y los nacionalistas de *Sol y Luna*, M. Sánchez Sorondo, Rómulo D. Carbia, Ernesto Palacio (Argentina), los mexicanos Alfonso Junco o José Vasconcelos; Luis Alberto Herrera (Uruguay); Osvaldo Lira, Jaime Eizaguirre (Chile); el colombiano Laureano Gómez. También organizaciones como la Falange Socialista Boliviana, Acción Nacionalista Popular de Guillermo Avendaño de Colombia, para-fascistas como la Confederación de la Clase Media, la Unión Pro-Raza y la Acción Mexicanista Revolucionaria (Camisas Doradas) y la recién creada (mayo de 1937) Unión Nacional Sinarquista (no fascista, pero vista como tal por su coetáneos). Vid. R. Pardo: *Con Franco hacia el Imperio.. op.cit.* pp. 54-66; Eduardo González Calleja: "La derecha latinoamericana en busca de un modelo fascista: la limitada influencia del falangismo en el Perú (1936-1945)" en *Revista Complutense de Historia de América* nº 20 (1994), pp.229-255 y "El Hispanismo autoritario español y el movimiento nacionalista argentino: balance de medio siglo de relaciones políticas e intelectuales (1898-1946) en *Hispania*, vol. LXVII, nº 225, (mayo-agosto 2007), pp. 614-642.

¹⁴ Vid. R. Pardo: *Con Franco hacia el Imperio... pp.83-350*.

ROSA PARDO SANZ. Profesora en la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Nacional de Educación a Distancia (España). Correo electrónico: mpardo@geo.uned.es